BAEZA, EL RINCÓN DE MACHADO

En 1913, en Baeza, Antonio Machado escribe su poema al libro *Castilla* de Azorín y lo titula «Desde mi rincón»:

Con este libro de melancolía,
toda Castilla a mi rincón *me llega...*

Se viene diciendo que a Machado no le gustaba su rincón de 1913, pero ¿le gustaba a Garcilaso la isla del Danubio desde la que escribe?:

Aquí estuve yo puesto,
o, por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena...

Desde y donde mejor escriben los grandes poetas es en tierra impuesta. La isla del Danubio fue un destierro para Garcilaso; Baeza tuvo carácter de destierro para quien vino a olvidar su primer amor tras dejarlo enterrado en el cementerio de Soria. Allí descubrió Garcilaso el Danubio; allí descubriría Machado el nacimiento del Guadalquivir. Permaneció Machado en Baeza desde el mes de octubre de 1912 al mes de octubre de 1919. Viene de Soria, marchará a Segovia. Baeza es de una parte el olivo del camino; de otra el mar soñado desde la tierra adentro:

Lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.

Se ha convertido en lugar común y tópico lo del «pueblo húmedo y frío, / destartalado y sombrío / entre andaluz y manchego» de ese rincón moruno desde el que escribe, que denota la postura de Machado ante Baeza y lo incómodo que en ella se encuentra desde su llegada. Pero no se resaltan diversas circunstancias. Primero: que Machado se hubiese sentido extraño y descontento en cualquier otro lugar que como Baeza hubiese sido elegido como residencia ante el imperioso deseo de abandonar Soria en la que le era duro desprenderse del recuerdo de Leonor que acababa de morir. Segundo: que en Baeza escribe muchos poemas que son cumbre de su creación poética. Tercero: que en contacto con las visitas que realizan a Baeza los estudiantes de la Facultad de Letras de Granada con su profesor Domínguez Berrueta al frente ejerce una decisiva influencia sobre las letras granadinas en el momento más acusado del renacimiento cultural que se produce en Granada en el siglo XX y, concretamente, sobre su poeta, Federico García Lorca; grupo y poeta que contribuyen a fomentar la fama creciente del poeta de Baeza. A este último aspecto vamos a consagrar esta conferencia que se inserta dentro de la serie anual de homenajes a Machado que desde su fundación se impuso como obligación esta Universidad de Verano, de la misma manera que en el pasado, cuando los cursos de La Rábida en Huelva tenían un carácter semejante a estos de Baeza, cada año –yo fui alumno y profesor luego en dichos cursos– se imponía también el anual homenaje a Juan Ramón Jiménez y a *Platero* con visita programada a su casa de Moguer. Pero aquí los cursos se celebran en el propio Instituto en el que Machado fue profesor de francés. La celebración anual de este acto debiera ser un rito que no debería quebrarse ningún año, independientemente de la temática que tengan los cursos.

¿Cuándo llega Machado a Baeza?, ¿cuándo se inician los viajes de los estudiantes granadinos? Para mí tratar este tema despierta todas las evocaciones posibles. En su arranque, como iréis viendo a lo largo de mi exposición; en su remate, por dos razones. Primera: en julio de 1945 tras acabar mi licenciatura en Filosofía y Letras los diez alumnos que ese año nos licenciamos en la Facultad de Granada, realizamos como viaje de fin de carrera una visita a Baeza y a Úbeda en cuyo Parador de Turismo nos hospedamos. Segunda: cuando se inicia la Universidad de Baeza bajo mi rectorado, el 7 de septiembre de 1979, anuncié ya la celebración dentro del curso que cada año se convocaría este homenaje a

Machado que ininterrumpidamente viene celebrándose y logré entonces la recuperación del Aula de Machado haciendo desaparecer de ella los modernos radiadores y los tubos fluorescentes que algún director de instituto activo y sin sensibilidad había colocado, rescatando los pupitres que habían pasado a las dependencias de la remonta militar y algún mapa olvidado en el trastero del Instituto y junto al aula surge la otra consagrada a breve museo a la que llegaron las fotografías rescatadas también del fotógrafo Arenillas y la bibliografía existente sobre esta relación del poeta con la ciudad de Baeza: Rodríguez Aguilera, José Chamorro, Francisco Lapuerta y Antonio Navarrete, Laínez Alcalá... entre otra documentación.

Pero abordemos la presencia de Machado como atractivo de Baeza para los jóvenes alumnos de la Cátedra de Teoría del Arte a los que Domínguez Berrueta llevaba a su Castilla natal haciéndoles pasar por la puerta andaluza de Baeza.

Las excursiones de estudio que promueve Domínguez Bernieta, catedrático de Teoría del Arte, se inician en el curso 1913 a 1914 con visita a Baeza, Cabra y Córdoba. Este fue el primer viaje de estudios promovido por el profesor granadino, realizado del 25 de febrero al 3 de marzo; el segundo viaje se lleva a cabo en Semana Santa de 1915 visitando Baeza y Úbeda; el tercero del 24 de junio de 1915 al 7 de julio de dicho año visitando Madrid, Ávila, Medina del Campo, Salamanca, Burgos, León, Segovia, El Escorial y Toledo; el cuarto viaje tiene lugar del 8 al 16 de junio de 1916 visitando Baeza, Úbeda, Córdoba, y Ronda; el quinto viaje –para él ya y ante los éxitos de estas excursiones contaron con una subvención del Gobierno de 1.500 pesetas– tuvo lugar del 15 de octubre al 8 de noviembre de 1916 visitando Madrid, El Escorial, Ávila, Medina del Campo, Salamanca, Zamora, Astorga, Monforte, Tuy, Pontevedra, Orense, Santiago, León, Burgos y Segovia; el sexto se realiza en mayo de 1917 exclusivamente a Baeza y Úbeda y el séptimo en julio de 1917 con visitas a Palencia, Burgos y Valladolid. De estos siete viajes, pues, en cuatro se realiza la obligada visita a Baeza por Baeza pero se viene a Baeza también por su poeta.

Y ¿qué significan estos viajes? La clave está en unas palabras que escribe Machado sobre el profesor Domínguez Berrueta en el artículo que inserta en 1917 en *El País* que dirige Roberto Castrovido: «Berrueta es un viajero infatibable y un constante organizador de trabajos. Granada le debe parte del Renacimiento

artístico de que hoy puede con justicia enorgullecerse». Estas palabras han sido aireadas muchas veces pero tienen su fuente en una conferencia que precisamente con el título de el *Renacimiento cultural de Granada* pronuncia Melchor Almagro San Martín en una sociedad cultural local –el Centro Artístico– varios años antes, en 1915, y estas son sus palabras: «No olvidemos que al fin y al cabo la guerra pasará y nosotros, granadinos a quienes probablemente no se llamará para las conferencias de la Paz estaremos frente a los problemas locales, que no resolverán ni Poincaré, ni el Kaiser Guillermo. Napoleón, durante el sitio de Moscú, redactó los estatutos de la comedia francesa. ¿Por qué nosotros, mientras Verdun se resiste y los germanos atacan a Ypres, no hemos de departir un poco sobre el Renacimiento cultural de Granada?».

Se trata del 98 granadino. El 98 que tiene en Ganivet su figura más señera: pero Ganivet se suicida en Riga –lo he argumentado en muchas ocasiones– treinta y ocho años antes de que muera su compañero y coetáneo Miguel de Unamuno. No tiene apenas tiempo para sembrar inquietudes, para actuar como estimulador de un grupo intelectual para cuya actividad tenía señaladas aptitudes. Y Berrueta viene a encarnar el estilo de la Institución Libre con aires renovadores para la enseñanza universitaria que baja desde su Burgos natal en línea con los aires renovadores que para la primera enseñanza baja también desde Burgos don Andrés Manjón. El artículo de Machado al que he aludido –artículo no desempolvado del olvido hasta 1969– se cierra con estas frases: «Cuando se habla de Granada, alguien dirá Manjón. Y en verdad que merece extrema loanza este ilustre filántropo, este benemérito desbravador de gitanos. Pero algunos, tal vez más enterados, citarán otros nombres, y entre ellos, el de don Martín Domínguez Berrueta».

Berrueta llega a Granada desde Salamanca como catedrático de Teoría de las Artes –esta era la nomenclatura de entonces– en mayo de 1913; hacía sólo tres meses que se había incorporado también a la Universidad granadina Fernando de los Ríos. Desde su llegada Berrueta lleva a sus alumnos a visitar la Capilla Real de Granada y la Catedral de Siloe, los conventos del Albaicín: no prodiga las visitas a la Alhambra acaso condicionado por sus ojos habituados a la contemplación del conjunto artístico castellano. ¿Estará en esto la razón del despego de Lorca por el tema oriental de la Alhambra y su insistencia en los

tema de la Granada de abajo, de la Granada cristiana? Es algo que he escrito muchas veces dando la razón para ello de su obsesión de no caer en las maneras y temas de Villaespesa; pero ahora, al redactar esta conferencia, pienso que el motivo puede estar en la orientación que le impone el magisterio de Berrueta, magisterio reconocido y aceptado por él por encima de algún choque que tuvieron con motivo de la publicación de su libro *Impresiones y paisajes* que había prometido dedicarle y que luego dedicó a su maestro de música [Antonio Segura Mesa]. Berrueta, como el Ríos de entonces, tenían la preocupación de la reforma universitaria pero no como hoy de una reforma administrativa, ordenancista –¡la obsesión de los Estatutos!– sino de una reforma de talante, de estilo. El nuevo estilo que le hacía a Berrueta salir de las aulas y realizar sus visitas de Arte. Primero en la ciudad de Granada; muy pronto viajando a Baeza, Cabra y Córdoba. En su primera excursión artística, le acompañan nueve alumnos de los cuales únicamente Gallego Burín enlazaría con los nombres de los que alternarían las excursiones de Berrueta con la tertulia literaria del «Rinconcillo», el más claro exponente, años después, de ese *Renacimiento* cultural granadino del que hablaron Melchor Almagro San Martín, primero y Antonio Machado dos años más tardes. En 1915 se realiza el segundo viaje de estudios de Berrueta, en esta ocasión sólo a Baeza y Úbeda: los excursionistas –he tenido la fortuna de encontrar la foto inédita de ese viaje que publiqué en el libro que edité sobre *Los viajes pedagógicos de Berrueta*– se fotografiaron con Machado a la puerta del Instituto –la vieja Universidad– y en el patio al que se abría el aula en que Machado daba sus clases de francés. Para entender y explicar la poesía de Machado es preciso tener en cuenta esta diaria tarea de Machado en un Instituto que fue ayer Universidad. Como su amor tuvo ayer un nombre concreto y vivo: Leonor Izquierdo que se ha convertido también en sombra. Pero observemos los viajes de los universitarios granadinos. Ese mismo año –1915– Berrueta con nueve alumnos de la Universidad realiza un largo viaje por Castilla fruto del cual José Fernández Montesinos publicaría una serie de artículos periodísticos –recogidos por mí en un trabajo publicado en 1975 en *Cuadernos Hispanoamericanos*– al igual que otro viaje dio pie, tres años después, al libro *Impresiones y paisajes* de Lorca; precedente todavía no abordado por ninguno de los críticos de la obra de Lorca y sorprendentemente olvidado en el reciente libro de Gibson,

la monografía más completa publicada hasta hoy sobre el polifacético escritor granadino: pero en aquel recorrido, descrito por Montesinos, no figuró Baeza como al año siguiente, 1916, que fue el pórtico del viaje que se completa con Úbeda, Córdoba y Ronda. Ronda –como decíamos antes de Baeza– por Ronda misma pero sobre todo porque es la ciudad de Fernando de los Ríos. Y en esta excursión ya figura Lorca entre los expedicionarios. Entonces y en esta ocasión es cuando conoce a Machado y a la hija del director del Instituto de Baeza María del Reposo Urquía –nombre muy azoriniano– a la que le dedicara después el capítulo sobre Baeza incluido en *Impresiones y paisajes*. Es el viaje que se ha convertido ya en leyenda tanto en la biografía de Lorca como en la de Machado. El l0 de junio de 1916 reunidos en este instituto escuchan por vez primera la voz de don Antonio Machado los excursionistas granadinos, leyéndoles un poema de Darío, «con una voz hueca, pero no tan hueca como la de Juan Ramón Jiménez». escribiría uno de los excursionistas. Hacía cuatro meses que había muerto el poeta nicaragüense. Todos los poetas españoles vivían entonces su sarampión rubeniano. El acto estaba lleno de rebuscada emoción. En este viaje les acompañaba el decano de la Facultad de Letras y catedrático de Lógica don Alberto Gómez Izquierdo que era clérigo y que esa mañana había oficiado una misa en este Instituto durante cuya celebración había tocado el piano García Lorca. Por la noche en el «Círculo de Artesanos» Lorca ofreció un breve concierto. Cuando al día siguiente siguieron viaje a Córdoba no tenían conciencia de que iban a la patria de Góngora: faltaban todavía once años para 1927 –la fecha que bautizó literariamente a la generación de Lorca–; pero de lo que sí tenían conciencia era de que habían escuchado a don Antonio Machado:

creo en la libertad y en la esperanza
y en una fe que nace cuando se busca a Dios
y no se alcanza
y en el Dios que se lleva y que se hace.

Otros cuatro versos del mismo poema escrito desde el rincón, desde el que acierta a ordenar los grisientos peñascales, pelados serrijones, barbechos y trigales, malezas y cambrones de su Castilla azafranada y polvorienta. Cuando en Córdoba Berrueta se afana en que fijen su atención en los lienzos de Valdés

Leal que en aquella ocasión estaban reunidos en Córdoba en una gran exposición y que por esa razón les llevó Berrueta a Córdoba, Lorca sólo recuerda los versos de Machado. Córdoba no pasará al libro *Impresiones y paisajes* porque el poeta no tiene oídos ni ojos en ese viaje más que para la Baeza de Machado. Sólo en abril de 1917 podrá ya alternar la Baeza renacentista con la Baeza del poeta sevillano injertado en la Castilla del 98. Y es porque entonces –segundo viaje de Lorca a Baeza en la primavera de 1917– ya ha descubierto la Castilla y la Galicia de su memorable viaje con Berrueta en octubre y noviembre de 1916. Los viajes de Berrueta se acompañaban con las estaciones: reservaba la primavera para Baeza y el invierno para Castilla. A contrapelo del poeta de Baeza que desde aquí preguntaba –recién llegado en 1913– por la primavera de Soria:

¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos?...

¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?...

¿Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,

y blancas margaritas
entre la fina hierba?
...

¿Hay ciruelos en flor? ¿quedan violetas?
...

¿tienen ya ruiseñores las riberas?

Es natural que no estuviese inicialmente contento en Baeza el poeta recién llegado. Por las mismas fechas de esas preguntas –cumbre de la lírica del momento– medita y escribe:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas
...
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.

Pero volvamos a los viajes de Berrueta. En el de la primavera de 1917 Lorca tiene ya escrito una parte de su libro en el que recoge las notas de su viaje a Castilla y Galicia como hizo Fernández Montesinos, como hace el otro compañero de excursiones Luis Mariscal, como recogió en libro Gallego Burín –*Poema del convento*– muchos de los recuerdos de sus correrías artísticas con Berrueta. Ya ha escrito Lorca sus fotografías literarias de Ávila, La Cartuja de Miraflores en Burgos, el monasterio de Silos, Santa María de las Huelgas, San Pedro de Cardeña y tantas otras viñetas.

Para Machado Baeza es su *rincón*; para Lorca la «ciudad perdida». «Pasadizos románticos»; «esta plaza, formidable expresión romántica»; «Borrachera espléndida de romanticismo!»; «entre estas piedras de oro se está borracho de romanticismo»: cuatro veces escribe Lorca la palabra romanticismo en las diez páginas que dedica a la señorita María del Reposo Urquía, a la que además, practicando costumbre romántica del XIX, escribe una carta pidiéndole permiso para llevar a cabo su osadía de dedicarle un capítulo del libro. No evoca en sus páginas la Baeza renacentista sino la ciudad romántica que simboliza Venecia para los escritores del XIX. Son las ruinas, los jaramagos, las sombras, las obscuridades, tristeza, añoranza, abandono de la piedra, arquitectura mutilada: es decir, visión romántica de la ciudad. Cabalmente lo contrario que encarna Machado: las hojas verdes que le han salido al olmo seco, los frutos de oro en la rama polvorienta del limonero lánguido, la llegada de las cigüeñas y de las golondrinas, abril que florece, el arco iris, Castilla que corre al mar...

Es el último viaje de Lorca a Baeza con Berrueta. Al año siguiente, en marzo de 1918 se publica *Impresiones y paisajes* y poco después de aquel último viaje en la primavera de 1917 a Baeza Gallego Burín vuelve de Madrid a Granada con un libro en la maleta: se han publicado las *Poesías completas* de Antonio

Machado dentro de la serie de Publicaciones de la Residencia de Estudiantes y ese es el ejemplar que lee Federico. Cuando se lo devuelve a mi padre, con lápiz violeta, ha estampado en agosto de 1918 un poema que yo publiqué por vez primera en 1944:

Dejaría en este libro
toda mi alma.
Este libro que ha visto
conmigo los paisajes
y vivido horas santas.

Más que el libro de *Obras completas* es el poeta, es el Machado de Baeza. Porque cuando Federico estrena Castilla ya ha conocido a Machado aquí en Baeza. Un Machado que ya había realizado su excursión a las fuentes del Guadalquivir para ver si ese borbollón del agua clara le sofoca la sinfonía del Duero soriano que le sigue martilleando en la cabeza; ya han pasado a su poesía los olivos pero continúan presentes en su retina las encinas, los pinos, los olmos de Castilla. Y los mismos olores: romero, tomillo, salvia, espliego. En cambio en la Baeza de Lorca se respiran los perfumes convencionales del modernismo: «los cipreses... perfuman el aire de la ciudad que constantemente se disuelve en polvo rojo...»; «huele a manzanilla, a mastranzo, a heno, a rosas, a piedra machacada, a agua, cielo». Para Lorca, Baeza es el abandono; y eso es lo que canta. «¡Esta monomania caciquil de derribar las casas viejas para levantar en su lugar monumentos dirigidos por Benlliure o Lampérez!... ¡Desdichado y analfabeto país en que ser poeta es una irrisión!...».

Nada, ninguna lectura, ninguna experiencia contó tanto para la creación literaria del Lorca posterior como sus excursiones artísticas con Berrueta; nada rompió tanto la monotonía del Machado reducido en su *rincón* de Baeza como la llegada cada primavera, con el brotar de las hojas verdes y con las golondrinas, de los excursionistas granadinos con Berrueta.

Por eso quiso hacerle un favor al catedrático de Arte de Granada y publicó aquel artículo en *El País* de Castrovido sin sospechar que el conservadurismo de la ciudad no iba a favorecer a Berrueta.

En Baeza, Machado no alcanzó a conocer el despegue literario de Lorca y no creyó que un poeta de cuerpo entero podía esconderse tras la simpatía arrolladora del joven que tocaba el piano, imitaba con su palabra a profesores y voces de otros, gesticulaba y hablaba con una voz inconfundible –a la voz de Federico consagraría Gerardo Diego un poema–, encandilaba a las dos hijas del Director de su Instituto y se eregía en protagonista de todo. Él replegado sobre sí soñaba con la rebotica de Almazan para no obsesionarse demasiado con los recuerdos de Soria. Y como Unamuno, Machado en Soria saborea los topónimos; Cazorla. Aznaitín, Mágina, Torreperojil, Jimena, Baza, Alicún, Quesada...

A fuerza de meditar en Baeza nace el filósofo, nacen Abel Martín y Mairena. Pese a todos sus anteriores abolengos. A Baeza llega Machado casi directamente desde Bergson y al llegar se ofrece de inmediato:

Siempre te ha sido ¡Oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural.

Machado estrena Baeza abriendo un libro de Azorín y otro de Unamuno. Escribe su poema en elogio al libro *Castilla* de Azorín y desde Baeza escribe también sus cartas a Unamuno y se pregunta:

¿y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?

Cuando Lorca sube a Castilla, entra por Baeza. Sevillanos y cordobeses suben por distintos caminos. El itinerario Granada-Baeza-Burgos condiciona mucho de la creación lorquiana. Ayer, en Burgos, en los cursos que creó el hispanista Merimée se estudiaba a Machado y a Lorca como a dos escritores clásicos de nuestras letras; hoy en Baeza se continúan estudiando así. Y el rigor científico impone que la relación Machado-Lorca no se establezca exclusivamente sobre el comparatismo de unos textos literarios sino sobre la relación viva que establecieron los viajes pedagógicos de Domínguez Berrueta que intuyó el peligroso salto que implicaba pasar directamente desde el Patio de los Leones de la Alhambra al

monasterio de las Huelgas o a la Cartuja de Miraflores e ideó este viaje a través de Baeza, de la misma manera que dulcificó el salto desde los poemas que inspiraba la Alhambra a los versos de Berceo o del Mío Cid a través de la Castilla cantada por Machado, que al fin y al cabo lleva abolengo andaluz en la mirada. También aquellos versos de *La tierra de Alvargonzález* que Machado les leyó en la velada en el «Casino de Artesanos» al grupo de expedicionarios granadinos condicionaron una parte del futuro teatro de Lorca.

En Baeza –aquella noche de 1916– Lorca interpretó al piano la Danza de la vida breve de su amigo y maestro Manuel de Falla y aires folklóricos andaluces, de la Montaña, de León... Cuando luego actuase con la Argentinita recordaría también aquel día. Siempre ese día en que Machado y Lorca actuaron juntos; Machado habló entonces del Renacimiento artístico de Granada; nosotros hoy, de ese segundo Siglo de Oro de las letras en Lengua Española. Por esos mismos años Gabriela Mistral llegaba a Temuco «vestida de color de arena» y fascinaba al joven Neruda. Era y es un segundo Siglo de Oro común a ambas orillas del Atlántico.

ANTONIO GALLEGO MORELL

(Juan Paredes Núñez (ed.), *Antonio Machado 1912/1989,* Granada, Universidad de Granada, 1992, pp. 265-276).